

# La Iglesia en Albania<sup>1</sup>

*Simon Jubani*

**A**LBANIA, situada en los Balcanes, es el territorio más atrasado de Europa debido a la continua ocupación por parte de potencias extranjeras. Después de nueve siglos de ocupación bizantina, vino el imperio turco, que ocupó esta tierra a lo largo de cinco siglos. Pero el golpe de gracia lo recibió del comunismo, apoderado de Albania por un período de cincuenta años, desde el final de la segunda guerra mundial. La nación tiene tres millones de habitantes, 67% de los cuales son musulmanes, 20% ortodoxos y 13% católicos que viven al norte del país, en “Shkodra con las cinco montañas”. En las montañas se refugió la minoría católica para escapar de la ira de los turcos. Solamente Shkodra, ciudad al norte, tiene una historia propia.

Los albaneses fueron liberados del yugo turco en 1912 y hasta la llegada al poder del comunismo formaban parte de la Europa occidental. Las grandes potencias europeas habían confiado a Italia el cuidado de Albania. Hubo expertos italianos en este país hasta 1944. Ellos dieron a la Albania otomana una fisonomía europea construyendo calles, escuelas, puentes, hospitales, ministerios, correos, telégrafos y otras estructuras que configuran un estado civilizado.

La Iglesia en Albania, con sus seis diócesis, tenía en el año 1944 un delegado apostólico representante de la Santa Sede, seis obispos y doscientos sacerdotes diocesanos y religiosos. Se editaban publicaciones católicas. Existía la escuela católica (primaria y secundaria), dos seminarios, la teología se estudiaba en el extranjero, dos orfanatorios y otras instituciones religiosas, culturales y sociales mediante las cuales la Iglesia

---

<sup>1</sup>La presente nota es un testimonio «cálido» de quien ama a su patria, ama la Iglesia católica y ha sufrido dieciocho años de cárcel por la única razón de ser católico.

daba el tono europeo a todo el país. Sin embargo esta zona, aún en nuestros días, es considerada tierra de misiones. Ciento cincuenta hermanas albanesas dirigían las guarderías, institutos elementales y de educación media para muchachas. La minoría católica llevaba a todos sus hijos a las escuelas católicas no mixtas, y era un oasis en aquel desierto que se llama Albania, desierto que, sin embargo, está destinado a reverdecer. Las influyentes familias musulmanas y ortodoxas llevaban a sus hijos a los colegios católicos. La Iglesia, pues, tenía ingerencia en el quehacer cotidiano de la patria.

El 29 de noviembre de 1944, con la subida al poder del comunismo, Albania pasó de la esfera occidental a la oriental. Hasta ese momento el gobierno jurídico representaba los intereses de todos. Fue substituido por un clan. La nación cayó en manos de gente sin escrúpulos, quienes inmediatamente expulsaron a los expertos italianos que dirigían el estado y, en 1944, hicieron venir expertos comunistas serbios, después soviéticos e incluso chinos, los unos más comunistas que los otros.

Mientras que en los otros países excomunistas, satélites de la Unión Soviética la persecución fue leve, la Iglesia en Albania ha sufrido un genocidio radical: de un total de doscientos sacerdotes albaneses fueron hechos morir con o sin proceso ciento quince, además de cinco obispos. El clero albanés ha expiado años en las prisiones y campos de concentración, y todas las instituciones religiosas, culturales y sociales de la Iglesia fueron arrasadas. El dictador Enver Hoxha aplicó perfectamente la doctrina de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Con una constitución atea el tirano de Tirana monopolizó no solamente la fuerza muscular sino también la conciencia de tres millones de súbditos. El terror era de tal forma cruel que obligaba a los prisioneros a aplaudir continuamente al dictador, que los tenía en prisión porque creían en Dios y reclamaban los derechos humanos. Los demás, fuera de las prisiones, fueron obligados a tener en sus casas el retrato de Hoxha; durante las fiestas familiares el primer brindis se hacía por la salud y por el régimen totalitario del autócrata. Durante cincuenta años fueron asesinados cien mil albaneses por albaneses, metidos en prisión quinientos mil y deportados casi un millón. Albania era una caja de hierro cerrada y separada del mundo de la cultura. Incluso el cable telefónico que Turquía había tendido a lo largo del mar Adriático y que unía esta parte de la península balcánica con el

mundo occidental fue interrumpido.

Como al tiempo de la ocupación turca, la minoría católica albanesa fue siempre un problema para el gobierno comunista de Tirana. Gracias a nuestra independencia del estado, y gracias al celibato, el clero católico no abjuró en 1967, cuando fueron suprimidas las religiones, como lo hicieron el clero musulmán y ortodoxo, casados y siempre instrumentos en manos de los políticos: *cuius regio illius religio*. Los católicos, animados por la actitud heroica de su clero, se reunían todos los días sobre las ruinas de los santuarios y de las iglesias, bajo la mirada y el terror de los comunistas, que los golpeaban, los despedían del trabajo, los deportaban, los metían a la cárcel y alguna vez incluso los mataban.

El régimen ateo, encontrándose frente a esta fuerza sobrenatural, pensó que esta influencia venía de las cruces de los cementerios, por lo que los profanaron con bulldozers y rompieron los símbolos de la religión, como todavía actualmente puede verse. Los católicos, y con ellos algunos musulmanes y ortodoxos, se reunían todavía en mayor número todos los días porque la Virgen «hacía milagros» a todos, incluso sobre las ruinas de las iglesias. Si grupos de comunistas llegaban a recoger los libros sagrados, rosarios, estatuillas, imágenes y crucifijos de las familias católicas, cuando salían de la casa cargados de objetos religiosos había siempre alguno que les decía: «Esperad, esperad un poco, porque habéis olvidado una cruz». Y los comunistas preguntaban: «¿Dónde está, pues no la hemos visto?» Y entonces toda la familia a la vez, frente a ellos, hacía el signo de la cruz diciéndoles: «He aquí la cruz que jamás podréis quitarnos».

El viajero que llega a la antigua Dalmacia desde cualquier punto de la península tiene la impresión de ver un territorio después de un bombardeo, inmerso en el caos, sin escuelas, sin calles, sin hospitales, un pueblo agitado que ha perdido la confianza en las propias fuerzas y en las reservas patrias, que busca en occidente un horizonte mejor. La gente no quiere quedarse en la tierra natal, quieren marcharse, pues no hay trabajo, no hay seguridad.

No obstante el genocidio radical que han sufrido, durante el año 1990 cincuenta mil católicos se manifestaron: o morir

o quitar de la plaza las estatuas de Stalin y de Enver Hoxha; o morir o celebrar la primera misa en público después de treinta años. Gracias a las presiones internacionales no sucedió nada. La misa fue celebrada en un cementerio católico de Shkodra, cementerio profanado y capilla quemada. El cementerio inspira respeto por la muerte y por los muertos. No sucedió nada, pero hubiera bastado una chispa para que el día terminara en un baño de sangre. Todo salió bien. Esta misa quitó el miedo a todo el país y ha obligado al gobierno a abrirse al mundo y a dar esta libertad relativa que se vive ahora, pero que no ha sido escrita en ningún decreto.

Desgraciadamente, incluso después de la perestroika, el poder lo detenta el mismo grupo político de antes, aunque haya cambiado de nombre. El actual presidente, Sali Berisha, un enfermero, era miembro del partido comunista. El parlamento y el gabinete hacen sólo ruido, porque con escasa formación política semejan a un grupo que no conociendo ni el solfeo ni las reglas del contrapunto pretende tocar la novena sinfonía de Beethoven, y lo único que logra es desentonar.

Para tener idea de cómo se desmoraliza un pueblo sin Dios ni religión conviene conocer la siguiente estadística: en 1944, cuando el comunismo subió al poder, mil policías bastaban para los novecientos mil habitantes del estado, porque la religión mantenía el orden público en el país; actualmente hay casi tres millones de habitantes y el gobierno mantiene apenas el orden con veintisiete mil policías. El comunismo ha construido en Albania el reino de la disolución general, de la ignorancia y de la pobreza.

El comunismo, sin embargo, ha trabajado por la Iglesia de Cristo, pues ha demostrado a todo el mundo que sin Dios no se puede construir nada, y ha verificado las palabras del salmista: *Si el Señor no guarda la ciudad...* El comunismo anuló el fundamentalismo islámico, ya que forzó a los musulmanes a comer carne de cerdo; los musulmanes no son ya una fuerza religiosa, sino política y económica, y han adoptado todos los usos y costumbres católicos. Incluso han cambiado los nombres, y no se llaman más con nombres árabes sino con nombres europeos, han adoptado el culto a los muertos como los católicos y escriben en lengua albanesa (indoeuropea) con el alfabeto latino, cuando antiguamente escribían en turco con caracteres ará-

bigos.

La Iglesia es la única fuerza moral, cultural y política, independiente como siempre, que está organizándose para renovar las dimensiones y los valores humanos destruidos por el comunismo ateo durante cincuenta años. La Iglesia, a través de la *Caritas*, está vistiendo y alimentando a los albaneses hambrientos y mal vestidos y reducidos a condiciones de extrema necesidad.

Antes de 1990 había treinta sacerdotes y cuarenta monjas en todo el país. Gracias a los misioneros extranjeros del Cósovo, de Italia, algún norteamericano, croata, etc., somos en la actualidad cien sacerdotes y ciento setenta hermanas. Entre la Santa Sede y el gobierno de Tirana se han establecido relaciones diplomáticas en la Navidad de 1991. La visita del Papa Juan Pablo II, ha sido una fecha histórica. Un Papa había excomulgado al gobierno de Tirana dos veces después de la supresión de la religión en 1967; ahora otro Papa, Juan Pablo II, ha sido invitado a Albania. El 25 de abril de 1993 fue recibido cordialmente por los musulmanes. En la catedral de Shkodra el Santo Padre consagró cuatro obispos, creando así una jerarquía oriunda. Ha dejado el mensaje de la paz, de la bondad y su bendición para resolver pacíficamente los innumerables problemas espinosos que afligen al país en caos.

Los jesuitas dirigen un preseminario con cincuenta muchachos. Los franciscanos dirigen otro con veinte. Varias congregaciones de monjes y hermanas trabajan actualmente en el país. Se construyen iglesias y presbiterios. La prensa católica se distribuye gracias a la fotocopidora. Los salesianos han comenzado a construir una escuela profesional... Pero hay todavía tres diócesis sin obispo, sin sacerdotes, sin hermanas, sin iglesias. El nuncio apostólico, el arzobispo Ivan Dias, originario de Bombay, es birritual y dirige todo el sur de la nación, que es musulmán y ortodoxo. Es ordinario de un sur sin católicos.

Muchos musulmanes y ortodoxos toman parte en nuestro culto, y durante los domingos las iglesias se llenan hasta un 80% en las ciudades y hasta el 100% en los poblados y montañas donde hay un sacerdote. Las relaciones de nuestra Iglesia con musulmanes y ortodoxos son buenas, dado que ningún cató-

lico responde a las denuncias y discriminaciones que publican en su prensa subvencionada por el gobierno. Los musulmanes escriben continuamente en su publicación «Luz del Islam» que el mundo católico occidental ha terminado como religión y solamente el Islam será su salvación. Estas acusaciones contra la Iglesia nacen de celos, al ver sus mezquitas vacías y la conversión de algunos musulmanes al cristianismo. Eso no impidió a las jerarquías musulmanas y ortodoxas participar en la jornada de oración ecuménica que el Santo Padre organizó en Asís.

La Iglesia en Albania está unida y fuerte, y no tenemos miedo de las numerosas sectas que han entrado al país, especialmente de origen protestante. Con todos existe el diálogo a través de visitas, cartas, telegramas, etc., silenciando las acusaciones contra la Iglesia. De hecho, sólo los gobernantes son fundamentalistas; el pueblo, sea musulmán que ortodoxo, tiene simpatía por los católicos, que han sido siempre símbolo de libertad religiosa y política, aun en medio del terror.

El país está arruinado solamente en lo material, religiosamente existe mayor fervor que antes. Quizá porque gozan de una situación económica más holgada los católicos de las ciudades son un poco indiferentes; sufren enfermedades propias del modernismo y del consumismo, como el divorcio y el aborto. Entre la gente en los pueblos y en las montañas, donde existe mayor pobreza, la familia católica permanece intacta: muchos niños rezan más aunque no tengan un sacerdote, no conocen el divorcio ni el aborto y son buen campo para recoger vocaciones, que son muchas, pero faltan seminarios.

La Iglesia, la *Caritas*, las ayudas humanitarias de la Comunidad Económica Europea, la inversión extranjera y los pequeños comerciantes han ayudado a mejorar la situación crítica del país. Pero este progreso está entrando en esta porción del antiguo bloque comunista en proporción aritmética, y la Iglesia es muy pequeña como para transformar toda la nación. El estado es una fuerza económica, tiene el monopolio de todo (materias primas, petróleo, cobre, cromo, plata, mar y otros recursos), pero no hace casi nada por el pueblo. Este, a su vez, busca solamente abandonar el terruño; piensa en la emigración a occidente, aunque sea para ejercer los trabajos más humildes. Pero no piensa en reconstruir su patria, inmersa en el caos y el desorden. La situación dramática de Albania es fruto de una mentalidad

equivocada, y para cambiar esta mentalidad es necesario llevar a los jóvenes a estudiar a occidente.

Nuestra Iglesia busca realizar con las iglesias del occidente la ley de los vasos comunicantes: nosotros damos ejemplo de resistencia, pero necesitamos ayuda económica para reconstruir los templos y llevar a occidente a nuestros muchachos para renovar la nueva generación de hermanas, sacerdotes e intelectuales católicos que ayudarán a crear un futuro para Albania acorde con el pensamiento de la Iglesia.

Agradecemos de antemano a todos aquellos países católicos que colaboran con nosotros en la extensión del reino de Dios y por la salvación de las almas. *Laudetur Iesus Christus.*

# En el cuarto centenario de la muerte de Palestrina

*Carlo Savina*

**E**L año 1994 es una buena ocasión para recordar, en el cuarto centenario de su muerte, la figura y la obra de un gran músico italiano: Giovanni Pierluigi da Palestrina, compositor supremo, *princeps musicae*.

No se conoce con certeza la fecha de su nacimiento (1525?). Al apellido Pierluigi agregó, según costumbre de la época, el nombre de la ciudad natal, Palestrina.

Consagrado a la música desde la más tierna infancia, fue enviado a Roma, todavía chico, para iniciar y completar sus estudios y ser recibido como niño cantor en la *cappella* de la basílica de Santa María la Mayor, donde tuvo excelentes preceptores. A veinte años no cumplidos (1544) fue nombrado maestro del coro y organista de la catedral de su ciudad. En 1547 contrajo nupcias con Lucrezia Gori, rica prenestina que le dio tres hijos.

La elección al solio pontificio del cardenal Giovan Maria Ciochi del Monte (1550), con el nombre de Julio III, favoreció mucho a Palestrina. Efectivamente, en 1551 fue nombrado maestro de la *Cappella Giulia*, en San Pedro, y se estableció definitivamente en Roma. Como signo de gratitud, Palestrina dedicó a Julio III su primer libro de misas, publicado casi contemporáneamente con el primero de los «Madrigales» (1554). En enero de 1555 el Papa, superando las disposiciones reglamentarias sobre el número de agregados a la *cappella* papal y sobre el celibato, nombró a Palestrina cantor pontificio (la *cappella* contaba entonces con treinta y dos cantores, ocho de los cuales eran franceses y tres españoles). Debido a este nuevo cargo Palestrina dejó la *Cappella Giulia*, que fue confiada a la dirección del músico florentino Animuccia, quien falle